

Gustavo Morello SJ. *Alma, corazón y tinta. Los tatuajes en el cristianismo*. Córdoba, Argentina: Nelson Gustavo Specchia, 2024, 105pp.

*Saúl Recinas **

Universidad Nacional Autónoma de México - México

En *Alma, corazón y tinta*, Gustavo Morello desplaza con precisión el foco habitual de la sociología de la religión: deja de mirar templos, doctrinas e instituciones para interrogar el cuerpo como territorio de lo sagrado. Este giro reubica lo religioso no solo como corpus doctrinal, sino también como práctica corporal en la que la piel deviene lienzo vivo que fija memorias, biografías y vínculos con lo trascendente. El tatuaje aparece, así, como gesto de inscripción que desborda lo estético para actuar como comunicación espiritual y como acto devocional, un lenguaje que testimonia la fe mientras configura identidades personales y colectivas. Como afirma el autor, “no miro tanto lo que las instituciones dicen, sino más bien lo que la gente hace” (p.36), y, en este caso, lo que la gente hace con su propio cuerpo: marcarlo, herirlo y embellecerlo como modo de relación con lo sagrado. De ahí que el libro proponga una sociología atenta no solo a los discursos, sino también a las huellas corporales mediante las cuales la religión se hace visible y tangible.

Para sostener esta mirada, Morello recurre a un corpus amplio y heterogéneo que combina entrevistas, registros visuales y fuentes históricas. Su investigación reúne testimonios de personas tatuadas y de tatuadores, junto con aportes de especialistas de distintas disciplinas, recogidos en contextos tan diversos como América Latina, Europa, Norteamérica y Medio Oriente. Este material se enriquece con imágenes contemporáneas difundidas en medios y redes sociales, así como con vestigios arqueológicos e históricos —desde momias y vasijas antiguas hasta crónicas medievales— que permiten situar la práctica en una

* Profesor de la Facultad de Estudios Superiores Acatlán de la Universidad Nacional Autónoma de México. Doctor en Ciencia Social con especialidad en Sociología por El Colegio de México. E-mail: saul.recinas@gmail.com. ORCID iD: < <https://orcid.org/0009-0000-7545-163X> >.

perspectiva de larga duración. A ello se suman estudios académicos previos y documentos de las tradiciones griegas, romanas y cristianas medievales, que abordan las concepciones del cuerpo, la sacralidad de la marca, la penitencia y la inscripción de la fe en la piel, ampliando así la perspectiva comparativa. El propósito es tejer un mosaico interpretativo que dé cuenta de su pluralidad de sentidos. En esta clave, cada tatuaje se comprende a la vez como huella íntima de una experiencia vital y como signo público de memoria, devoción o compromiso espiritual, un medio —en palabras del propio autor— “para comunicar sus creencias, conectar con su vida espiritual, y expresar su interioridad” (p.12).

El desplazamiento analítico que propone Morello tiene, además, dos consecuencias de gran alcance. Por un lado, amplía el repertorio de objetos legítimos para la sociología de la religión: prácticas corporales que la tradición académica tendió a relegar se vuelven clave para comprender la religiosidad vivida. Por el otro, coloca en el centro la materialidad del cuerpo y su mediación estética, recordando que lo sagrado no se agota en credos o rituales, sino que también se plasma en huellas que hieren y embellecen la piel, convirtiéndola en testimonio de fe. En ese intersticio, el tatuaje opera como un cruce entre lo íntimo y lo público, entre identidad personal y memoria colectiva, entre estética y devoción. La pregunta que organiza el libro se formula entonces con nitidez: *¿qué nos dicen los tatuajes sobre la religiosidad contemporánea?* La respuesta apunta a la temporalidad larga de esas marcas: huellas que acompañan de manera permanente a la persona y condensan un compromiso que trasciende coyunturas y prescripciones.

Un núcleo conceptual atraviesa esta primera parte del análisis: la inscripción corporal transforma acontecimientos biográficos en signos de trascendencia. Morello lo sintetiza en una fórmula que funciona a la vez como método interpretativo y como tesis empírica: “El tatuaje ‘selecciona’ ese momento y lo transforma en un acontecimiento distinto al resto, con un significado especial” (p.22). Allí radica la potencia sociológica de su enfoque: mostrar cómo la elección, el diseño y la fijación de una imagen en la piel reconfiguran el estatuto de la experiencia, convirtiéndola en memoria sagrada que no solo se conserva en la intimidad, sino que también se exhibe y se narra públicamente.

Paralelamente, el texto logra desmontar los prejuicios que han marcado la percepción de los tatuajes en contextos cristianos. Morello

identifica tres supuestos muy extendidos: la aparente prohibición eclesial, la asociación exclusiva de los tatuajes con la marginalidad social y la separación entre estética y espiritualidad. Aunque arraigados en el imaginario colectivo, estos supuestos se desmoronan ante la solidez empírica y documental del trabajo del autor, cuya investigación muestra que tales creencias responden más a construcciones culturales recientes que a fundamentos religiosos o históricos.

El primer mito que Morello desmonta es la presunta prohibición cristiana del tatuaje. Aunque la idea de que la Iglesia lo condena se ha instalado como verdad incuestionable, la investigación muestra que no existe tal disposición en la doctrina oficial. Ni el *Código de Derecho Canónico* ni el *Denzinger* contienen referencias a esta práctica, y los especialistas consultados coinciden en que no existe prohibición en el derecho eclesiástico. En el protestantismo histórico ocurre lo mismo: ni luteranos, ni calvinistas, ni anglicanos la consideraron un problema doctrinal relevante. Solo en sectores pentecostales del siglo XX adquirió fuerza una interpretación restrictiva que concibe el cuerpo como “templo del Espíritu Santo”. Lejos de ser una norma universal, se trata entonces de una construcción reciente, reforzada por discursos pastorales y publicaciones locales, que terminó por consolidarse como un lugar común en el imaginario cristiano.

El segundo mito que la investigación enfrenta es la asociación del tatuaje con la marginalidad. A lo largo de décadas, estas marcas fueron representadas como signo de rebeldía juvenil, contracultura o pertenencia a sectores estigmatizados, reforzando un imaginario que las situaba siempre en los márgenes sociales. La pesquisa realizada por Morello, sin embargo, muestra que los tatuajes religiosos trascienden esas fronteras: aparecen en contextos populares latinoamericanos, en expresiones devocionales del sur de Europa y en sectores urbanos y profesionales de alcance global. Se trata, en consecuencia, de una práctica transversal que no puede reducirse a un único grupo social ni a un gesto marginal, lo que obliga a repensar la relación entre tatuaje, estigma y legitimidad cultural.

El tercer mito es la supuesta oposición entre lo estético y lo espiritual. La tradición moderna tendió a separar ambos ámbitos, como si la búsqueda de belleza fuera ajena a lo religioso. Los testimonios recogidos por Morello, sin embargo, muestran que esa dicotomía no se sostiene:

en el tatuaje religioso, el trazo artístico y la devoción forman parte de un mismo gesto. La estética no opera como un ornamento superficial, sino como un medio que realza la experiencia de fe, mientras que la devoción otorga profundidad y densidad simbólica a la imagen. De este modo, el tatuaje religioso aparece como un híbrido en el que belleza y espiritualidad se potencian mutuamente, cuestionando la idea de que ambos mundos deban pensarse como esferas separadas.

El cuestionamiento de estos tres supuestos tiene consecuencias de largo alcance. Por un lado, revela que muchas de las certezas culturales que rodean a los tatuajes religiosos son construcciones recientes más que doctrinas antiguas. Por otro, muestra que la práctica atraviesa clases y estilos de vida, consolidándose como fenómeno legítimo de religiosidad contemporánea. Finalmente, obliga a reconocer que la experiencia religiosa no puede pensarse sin atender a la sensibilidad estética que la acompaña. Al desarmar estos supuestos, Morello no solo “limpia” el terreno de prejuicios, sino que abre un espacio para analizar cómo los creyentes negocian normas, tradiciones y símbolos en su vida cotidiana.

Tras desmontar los prejuicios culturales, Morello propone una tipología de los tatuajes religiosos que constituye uno de los aportes más significativos de la obra. Lejos de ser una clasificación rígida, se presenta como una herramienta interpretativa para dar cuenta de la diversidad de significados que estas marcas adquieren a lo largo de las trayectorias vitales. Lo distintivo de la propuesta es que cada categoría se sostiene en un repertorio etnográfico amplio, desplegado con gran solvencia a lo largo del libro mediante relatos y testimonios recogidos en Argentina, Perú, España y otros países. Esa riqueza narrativa confiere a la tipología una densidad empírica notable y evita que quede en el terreno de la especulación abstracta. El autor resume esta perspectiva con una idea precisa: “los tatuajes religiosos son una forma de hacer memoria. [...] son una declaración espiritual” (p.22), subrayando que estas inscripciones corporales condensan devoción, identidad y biografía.

En esta clasificación, los *tatuajes fundacionales* aluden a aquellas marcas que señalan un momento de conversión o de transformación decisiva en la vida espiritual, inscritas en la piel como recordatorio permanente. Los *tatuajes devocionales*, por su parte, expresan veneración hacia figuras sagradas y consolidan pertenencias familiares o comunitarias, haciendo del cuerpo una prolongación visible de la tradi-

ción religiosa. Los de *peregrinación* registran la experiencia de un viaje de fe, funcionando como huellas corporales que certifican el cruce de un umbral espiritual y transforman la piel en cartografía personal de lo sagrado. Los *tatuajes de no afiliados*, en cambio, muestran cómo lo religioso circula más allá de las instituciones: se trata de inscripciones que recurren a símbolos cristianos resignificados o a signos personales para expresar una espiritualidad autónoma. Los *tatuajes de resistencia* resignifican el dolor físico o la exclusión social como prueba de fortaleza y de disciplina ascética, convirtiendo el cuerpo en un espacio de reafirmación espiritual. Finalmente, los *tatuajes conmemorativos* preservan la memoria de los difuntos, transformando la piel en un lugar de duelo y de compañía simbólica que enlaza afecto y religiosidad.

La riqueza de esta tipología radica en mostrar que los tatuajes religiosos no constituyen un fenómeno homogéneo, sino un campo plural en el que convergen experiencias de conversión, devoción, peregrinación, autonomía espiritual, resistencia y conmemoración. En conjunto, estas seis categorías iluminan la manera en que el tatuaje funciona como lenguaje de la religiosidad vivida, capaz de condensar procesos vitales y expresarlos en una superficie corporal que, al mismo tiempo, es memoria y comunicación espiritual.

Más allá de la tipología, el libro identifica una serie de hallazgos transversales que aportan densidad a la experiencia del tatuaje religioso. El primero de ellos es la centralidad del dolor. Ser tatuado implica atravesar una experiencia física intensa que, en muchos casos, se resignifica como penitencia o prueba de compromiso. Lejos de vivirse como un obstáculo, el dolor se asume como parte constitutiva de la vivencia espiritual, en continuidad con las tradiciones religiosas que valoran el sacrificio corporal como vía de fortalecimiento interior. El testimonio de Natasha lo expresa con claridad: “[los tatuajes son recordatorios] de que puedes soportar ese tipo de dolor durante un largo período de tiempo” (p.21). En esta clave, el tatuaje se inscribe en la misma lógica que los ayunos, las caminatas devocionales o las prácticas ascéticas, donde el cuerpo se disciplina como signo de fe.

El segundo hallazgo es el carácter narrativo de los tatuajes. Cada inscripción en la piel funciona como un relato visual que selecciona y fija un momento significativo de la biografía: la conversión, el duelo, una promesa cumplida, una peregrinación. Al igual que los rituales de

paso, el tatuaje convierte episodios vitales en símbolos permanentes que acompañan al individuo de por vida. Como señala Morello, “el tatuaje selecciona ese momento y lo transforma en un acontecimiento distinto al resto, con un significado especial” (p.21-22). La marca se convierte, así, en memoria encarnada y en narración condensada de la propia espiritualidad.

Un tercer hallazgo fundamental es, como ya he mencionado, la visibilidad pública de los tatuajes religiosos. Frente a los diagnósticos que enfatizan la privatización de la religión, Morello muestra que las marcas devocionales no se ocultan, sino que se exhiben en escenarios globales. Deportistas de alcance internacional como Lionel Messi o Neymar, junto a jóvenes urbanos y devotos anónimos, inscriben su fe en el cuerpo y la proyectan en estadios, pantallas y redes sociales. La piel se convierte, en este sentido, en una superficie pública de lo sagrado, desafiando los esquemas clásicos de la secularización y revelando que la fe contemporánea no necesariamente se repliega en lo íntimo, sino que circula y se encarna en espacios colectivos.

El análisis desarrollado nos muestra que el tatuaje religioso no es un gesto aislado ni una simple marca estética, sino una práctica que combina la experiencia corporal, la narración biográfica y el signo público. Al explorar el dolor como disciplina ascética, la narratividad como construcción de memoria y la visibilidad como irrupción cultural, el autor revela que estas inscripciones condensan procesos que atraviesan lo íntimo y lo social, lo personal y lo colectivo. Así, el libro no se limita a describir prácticas, sino que ofrece una clave interpretativa para comprender cómo los creyentes negocian el sentido de su religiosidad en un mundo plural y globalizado.

Lejos de clausurar debates, la obra abre un horizonte de preguntas que interpelan tanto a la sociología de la religión como a los estudios culturales: ¿cómo responden las instituciones frente a prácticas corporales que escapan a su control?, ¿hasta qué punto los tatuajes devocionales pueden leerse como formas de resistencia simbólica?, ¿qué nuevas articulaciones emergen entre estética y fe en contextos de pluralización cultural?, ¿qué implica que lo sagrado se inscriba en la piel como memoria indeleble? Estas interrogantes, planteadas más que resueltas, funcionan como agenda de investigación y ponen de relieve la capacidad del tatuaje para problematizar las formas contemporáneas de religiosidad.

En este marco, *Alma, corazón y tinta* se afirma como una contribución mayor al situar el cuerpo como archivo y soporte del sentido religioso. Su propuesta amplía el canon de la sociología de la religión al incorporar prácticas corporales antes desatendidas, replantea la relación entre estética y espiritualidad al mostrar que lo bello y lo sagrado se refuerzan mutuamente, y evidencia la autonomía de los creyentes para reappropriarse de símbolos religiosos y reinscribirlos en su piel más allá de las mediaciones eclesiales. Con un estilo claro y un sólido respaldo empírico, Morello abre un campo fértil para comprender la religiosidad en sociedades globalizadas y plurales, recordándonos que las marcas en la piel son también marcas de fe, huellas de memoria y signos de trascendencia.

Recebido em: 08/09/2025

Aprovado em: 03/11/2025